

De pesca sólo saltando el alambrado

Era verano y yo había estado casi toda la mañana jugando en el potrero. Después de comer, cuando se hicieron las dos de la tarde, salí a la calle a esperar al tío Tomás. Cuando lo vi venir corrí hacia él y le conté apresurado: -¡Hay muchas ranas!-. El me saludó contento y mientras íbamos de la mano hacia la casa me prometió ir a pescarlas más tarde.

Mientras el tío almorzaba corrí al galponcito a buscar una caña y le pedí a mamá un pedazo de hilo. Ella cortó un pedazo de poco más de un metro de un carretel redondo de piola fina que tenía sobre el armario, y me lo dio. Corrí a la cocina donde el tío aun comía, me senté en el suelo y até lo más fuerte que pude el hilo a una de las puntas de la caña de castilla. Miré a la abuela y le pregunté si tenía un pedacito de carne. Ella salió al patio, se acercó a la pileta y abrió una puertita debajo de la misma. Allí había una pequeña heladera que mantenía el frío gracias a unos bloques de hielo que comprábamos a un hielero que pasaba por el barrio dos o tres veces por semana. Sacó un pedazo de carne roja, lo apoyó sobre el borde la pileta, cortó un trocito de unos dos centímetros y me lo dio. Llevé el trocito a la cocina y el tío me ayudó a atarlo fuerte al otro extremo del piolín. Al rato, con la caña en la mano, cruzamos al potrero, pasando por encima del alambrado bajito que lo separaba de nuestra casa.

Fuimos primero al pozo de adelante, muy cercano a la calle, y no vimos nada. Caminamos en silencio junto a la zanja hacia el segundo pozo, unos diez metros hacia adentro, y poco antes de llegar escuchamos a dos ranas zambullirse apresuradas. Decidimos comenzar allí. Nos quedamos parados en silencio, sin movernos, hasta que una de las ranas asomó en el agua y trepó a la orilla del pozo, para cazar. Ella se quedó tan quieta como nosotros, esperando que algún insecto se le acercara para poder atraparlo. Las ranas no tienen esa lengua extensible y pegajosa de los sapos, sino que saltan sobre la presa y la atrapan con su gran boca, tragándola enseguida, ya que no tienen dientes para masticar.

Allí estaba la rana, sentada sobre sus patas traseras encogidas y listas para estirarse de un golpe cuando se requiriera el salto, brillando al sol con su piel manchada de diferentes tonos de marrón, como un traje de camuflaje. En ese momento algo comenzó a agitarse frente a ella, moviéndose ligeramente de arriba abajo, a quince centímetros de su cara. "Parece un insecto bien gordo", imaginé yo que pensaría la rana. Se movió entonces ligeramente, acomodándose sin quitar los ojos del bulto que se meneaba delante de ella, y de golpe saltó como un resorte hacia el agua y se engulló la carnada. Al instante levanté la caña jalando la rana hacia arriba y hacia un lado, donde estaba el tío que la atrapó limpiamente entre sus dos manos y la metió rápidamente en una bolsita de tela, cuya boca cerró con un lacito. La carnada estaba intacta, ya que la rana la había soltado en el aire justo antes de caer en las manos del tío.

Como la otra rana que habíamos oído no se veía, fuimos al siguiente pozo, donde también se zambulleron dos o tres. Aguardamos nuevamente en silencio y al ratito asomó en el agua la cabeza de un macho grande. Estos eran las presas más codiciadas porque tenían mucha más carne que las hembras. Las ranas ponen los huevos en la superficie del agua, entre los pastos de la orilla, donde arman unos "espumones" batiendo el agua con sus patas traseras y depositando allí sus huevecillos, blandos y gelatinosos, donde el macho los fecunda. A veces el macho permanece debajo del espumón, y hay cazadores que cuando ven uno, hunden violentamente la mano por su parte central intentando atrapar al macho que está debajo. Nosotros nunca usamos esta técnica, que rompe el espumón arruinando los cientos de esperanzas de futuras ranitas que los huevos representan. Otra característica de los machos es que si uno sostiene al animal por atrás y le roza el pecho con dos dedos, cierra sus brazos fuertemente sobre ellos, apretándolos. Es éste un reflejo ligado a la reproducción, ya que si bien la fecundación de los huevos es externa, el macho monta y sujeta a la rana con sus brazos estimulando así la ovoposición. Pueden quedar así sujetos por

bastante tiempo. Incluso es a veces posible atraparlos juntos con un movimiento rápido de las manos, en especial si es de noche y uno encandila a las ranas con una linterna, que es otra técnica para cazarlas.

Al poco tiempo el macho que había asomado nadó hacia la orilla y trepó por los pastos, quedando sentado frente al agua en posición de acecho. Yo acerqué la carnada hacia él y comencé a moverla, hasta que el animal saltó y la atrapó y yo jalé rápidamente hacia arriba, apuntando hacia el lado donde estaba el tío Tomás. Pero la rana se desprendió de la carnada a mitad del vuelo y cayó en el pasto, a centímetros del pozo. Arrojé la caña a un lado y me tiré de panza al pasto, procurando atraparla. Alcancé a tocarla, pero se me escurrió entre los dedos y saltó al agua, nadando hacia abajo de la superficie y desapareciendo de mi vista rápidamente. Ambos festejamos el incidente, que luego el tío contaría a la abuela entre risas. Decidimos pasar al siguiente pozo, y luego al otro.

Pescamos tres ranas en total ese día: dos machos y una hembra. Con el botín en la bolsa volvimos a la casa y fuimos derecho a la pileta del patio. Allí el tío metió con cuidado la mano en la bolsa, sin abrirla más de lo necesario, y sacó uno de los machos. Lo tomó con una mano de las dos patas traseras, levantó el brazo en el aire y estampó la cabeza de la rana en el borde de cemento de la pileta. Luego con un cuchillo le cortó la cabeza, las manos y los pies, y tomando la piel desde arriba tiró de ella hacia abajo sacándola entera como una funda. Finalmente abrió la rana por la parte ventral, le sacó los órganos internos que separó a un lado y lavó el cuerpecito bajo el chorro de la canilla. Lo mismo hizo con las otras dos ranas. Recuerdo que estas, luego de muertas y ya sin cabeza, se movían adentro de la pileta. El tío ya me había explicado que no era que estuvieran vivas, sino que una característica de estos animales era que mantenían la capacidad de moverse por un cierto tiempo después de sacrificados.

Pusimos las tres ranas limpias en un plato y las llevamos a la cocina. Ya la abuela había prendido unos carbones en la cocina de cemento. El tío puso aceite en una sartén negra, la colocó sobre la hornalla y al ratito metió adentro las tres ranas, luego de salarlas. Al poco tiempo estaban doradas y listas para comer. Lo más carnosos eran los muslos, aunque los bracitos de los machos eran también suculentos. Nos dimos el banquete en la mesa de la cocina, a media tarde y a modo de merienda. La carne de las ranas es blanca y muy sabrosa, y fritas quedan deliciosas.

Además de las ranas grandes había en el potrero otra especie, de forma y color similares pero más pequeñas. También había al menos dos especies de sapos: los grandes comunes y otros más pequeños y coloridos. Pero lo más buscado eran por supuesto las ranas grandes, que podíamos pescar y comer. Cada tanto, cuando observábamos que había bastantes en los pozos, repetíamos la cacería. Aparentemente hacíamos un manejo sostenible del recurso, porque siempre había ranas para pescar. Ya de grande recuerdo haber pedido ranas en algún restaurante que las ofrecía en su menú, pero nunca fueron tan ricas como esas de mi infancia, pescadas con el tío en el potrero.